

—“Y sigo la historia: los dos enamorados se estaban diciendo muchas ternezas, cuando de repente se oyó un tropel de caballos. Magdalena lanzó un grito de angustia.

—“¡Ay! vete, corre! No vayan á ser los traidores!

—“No tengas miedo; cierra tu ventana, ya me voy.

“Magdalena se encerró en su casa, y Miguel, en vez de huir, sacó y preparó su mosquete. Avanzó hacia donde se oía el tropel.

—“¿Quién vive? gritó.

—“¡Libertad! contestaron varias voces de entre el grupo de jinetes.

—“¡Alto ahí!

“Los jinetes se detuvieron.

—“¿Qué gente?

—“Simón Gutiérrez, contestaron los de la tropa.

“Al oír aquel nombre, Miguel se quedó frío. Aquella partida era la de los terribles bandidos de Jalisco, que después de la muerte de su jefe Antonio Rojas había pasado á Michoacán. La partida vino capitaneada por aquel hombre de aspecto humilde y alma feroz, que se llamaba *Simón Gutiérrez*.<sup>1</sup> Para ellos el robo era un juguete, el estupro un pasatiempo, el incendio un placer y el asesinato una diversión. Cuando se unían á un jefe de orden, los contenía el respeto á la tropa de éste, pero cuando andaban de *bola suelta*, eran una horda de foragidos. ¡Desgraciado el pueblo en que querían hacer de las suyas!

“Por eso Miguel se estremeció. Avanzó, sin embargo, á darse á reconocer con el *coronel*, y en seguida, incorporado con la guerrilla, todos penetraron hasta la plaza del pueblo.

“Simón Gutiérrez dió orden de que fueran á despertar al presidente municipal para que proporcionase *miniestra*,<sup>2</sup> forraje y alojamientos.

“Supongo que la ronda advirtió la llegada de la gavilla, y lo puso en conocimiento de aquella autoridad y de los señores de las tiendas; el caso es que el ayudante volvió á decir al *coronel* que el presidente se había escondido.

<sup>1</sup> La *Simona* le decían los franceses, y este nombre se generalizó después.

<sup>2</sup> La menestra.

—Entonces, toquen en esa tienda y arréglense con el dueño.

“Pero por más golpes que se dieron nadie contestó. En tales circunstancias, los vecinos prefieren que les echen abajo las puertas á no abrirlas ellos. Es tal el pánico, que cada uno sólo piensa en ocultarse. Reina el egoísmo. ¡Cuántas veces he visto que cesa toda animación en los pueblos! Las familias se encierran en el interior de las casas! Queda paralizado el comercio, desiertos los talleres y abandonadas las labores del campo! Tan completo es el silencio, que puede escucharse el vuelo de una mosca. Usted sabe que no hay exageración en este relato.

“Puesto que no quieren abrir, ellos tienen la culpa, exclamó Simón Gutiérrez. Muchachos, *manos libres!*

“Se oyó un alarido de salvaje alegría. La turba de bandidos rompió filas, y divididos en grupos, se lanzaron sobre la tienda y las casas. Se oían los golpes de las hachas rompiendo las puertas, las blasfemias de los asaltantes, los ayes suplicatorios de las víctimas, los gritos de las mujeres que defendían su honra, los disparos de los mosquetes y el lejano galope de algún caballo que huía espantado. Para completar el cuadro, se veían surgir del techo de alguna casa las siniestras llamas del incendio!

“Uno de aquellos grupos se dirigió á la fonda. Junto á la puerta estaba Miguel, mosquete en mano.

—“Aquí nadie entra, porque esta es mi casa.

—“¿Y qué nos importa?

—“Es que yo también soy *chinaco*.

—“Vaya vd. á.....! Vd. será.....! Hágase á un lado!

“Miguel comprendió que estaban por demás las palabras; disparó el mosquete y dejó muerto á uno de los bandidos; pero aún no se extinguía el foganazo de su arma, cuando cayó del caballo acribillado á balazos. Pasando sobre su cadáver, hicieron astillas la puerta de la fonda; y mientras algunos se ocupaban en saquear, el que hacía de jefe del grupo, hombre de mirada torva y con una cicatriz que le dividía diagonalmente la cara, se apoderó de Magdalena arrancándola de los brazos de la madre, la colocó sobre el mismo caballo de Mi-



guel y fué á ocultarse con ella en una de las casas que ya habían saqueado los bandidos. Aquel hombre era de una musculación de hierro; Magdalena se doblegó á la fuerza y sólo exhaló un grito de rabia que, al lado de Miguel, habría sido de inmensa felicidad.

“Al día siguiente, la gavilla abandonó el pueblo: la mula del equipaje de Simón Gutiérrez iba cargada de dinero; los soldados llevaban sendas maletas á la grupa, y entre filas caminaban descalzas, llorosas, con los vestidos ensangrentados, muchas mujeres del lugar. En su seguimiento iban las madres, los esposos, los hijos, suplicando, con las lágrimas en los ojos, que les volviesen aquellas prendas de su amor. Algunos lo consiguieron por medio del rescate; otros, golpeados por la soldadesca, regresaron huérfanos ó solitarios á sus casas vacías.

“Arrogante en el caballo de Miguel iba Magdalena. Después de haber sucumbido á la fuerza, hizo, como dicen, de tripas corazón, y resignada á su suerte, perdida toda esperanza de un porvenir digno, ya sólo trató de sacar partido de su desgraciada situación. ¡Acaso en su alma se haya abrigado el deseo de la venganza! Sea de ello lo que fuere, Magdalena sonreía de cuando en cuando á su oficial, y éste, envanecido de su *conquista*, la montó en el mejor caballo, la mostró con orgullo á sus compañeros y la proclamó su mujer.

“En estos tiempos de *bola*, la gracia está en que las tropas que hacen la revolución no se estacionen en ninguna parte. La rapidez en los movimientos es el único medio de contrarrestar la superioridad numérica y la disciplina del enemigo. Y si esto se dice de las tropas de línea, ¿cuánta mayor movilidad necesitan las guerrillas, y sobre todo esas bandas como la de Simón Gutiérrez? Cuan presto merodeaban en el Sur de Jalisco se les veía aparecer en el Poniente de Guanajuato ó en el corazón de Michoacán. Por esto, no obstante las cincuenta leguas que hay desde el pueblo de T. .... hasta Puruándiro, al segundo día de los sucesos referidos entraba la gavilla en esta última ciudad.

“Se encontraron en Puruándiro con una de las temibles partidas de “Los Potreros,” que no iban en zaga á Simón

Gutiérrez, pero que en aquel lugar tenían numerosos amigos, motivo por el cual respetaban la población. Los recién llegados, no pudiendo hacer de las suyas por temor á las guerrillas del terreno, se limitaron á reñir unos con otros, á embriagarse y á pasear por las calles, *raspando* los caballos.

“No sé cómo uno de los oficiales de Casimiro Alonso, que era el jefe de la gavilla de Los Potreros, acertó á ver á Magdalena. Fijarse en ella y desearla, fué todo uno, y ya había desenvainado el sable para *arredrsela* á cintarazos, cuando llegó el poseedor de mejor derecho.

—“Oiga, amigo, le dijo al *potrereño*, ¿pues qué se le ofrece?

—“Lo que ve, me llevo á la niña. ¿Le parece mal?

—“Pues no se la lleva así no más; la jugaremos. ¿Qué va, pares ó nones?

—“Voy pares.

“Los dos habían sacado sus pistolas giratorias.

“Más listo el de los Potreros, disparó primero, pero erró el tiro. El de Jalisco hizo fuego á su vez y le voló el sombrero á su adversario. No tuvo tiempo para más; el segundo disparo del *potrereño* despedazó el cráneo de su rival, y el cadáver se desplomó en un charco de sangre. Magdalena se reía de aquel juego, y sin oponer el menor obstáculo siguió al que había ganado á los *pares*.

“Andando los días, el oficial de Casimiro Alonso vió en poder de Ireneo el explorador un caballo árabe que éste había logrado cortar de una columna de franceses; le gustó el *penco*, y más á fuerza que de ganas, Ireneo tuvo que cambiarlo por Magdalena.

“Desde entonces Magdalena ha sido constante, si no fiel, con el valiente explorador, y queda justificado que por su causa han muerto dos hombres, y por ende le digo á vd. que es una mujer funesta.

“Por lo demás, ha prestado muy buenos servicios, pues que en sus frecuentes viajes por orden del general, á Pátzcuaro y á Morelia, se ha relacionado con los oficiales del imperio y nos ha traído noticias importantes.”



Esta fué la historia que me refirió Alzati.

Al día siguiente, en camino para Zitácuaro, ya iba Magdalena entre las demás soldaderas, como si no le hubiera pasado nada, sin más señales del lance de la antevíspera que llevar en los brazos á su recién nacido. Esas mujeres son así, tienen una naturaleza de hierro.

Por más de seis meses ví á Magdalena siempre al lado de su explorador, alegre, decidora con sus compañeras. Me gustaba oirla durante las marchas, entonando aquellas dulces y picarescas canciones populares que no todas deben transmitirse al papel.

Después se me olvidó; porque no volvió á presentarse á mis ojos.

Pasados los días de la guerra, una vez hacíamos memoria de aquellos tiempos. Se habló de la catástrofe de Tengüecho y alguien preguntó:

—¿Recuerdan ustedes á Magdalena, la exploradora?

—¿Qué fué de ella?

—Hacia muchos días que Ireneo no abandonaba el servicio, y como atravesábamos por país enemigo, era necesario mucha vigilancia. Nos perseguían dos columnas de franceses. Al llegar cerca de Patamban creímos haberles hecho perder la pista y adquirimos cierta confianza, pues que además, estábamos en nuestros terrenos. Sin embargo, el general dió orden á los exploradores de situarse convenientemente. Esa noche Magdalena fué á llevar la cena á Ireneo, colocado en su puesto. Ustedes saben que la sorpresa que nos dió el Barón Aimard fué espantosa.

Al día siguiente algunas soldaderas recorrían el campo, tratando de inquirir si habían muerto sus hombres. Allí encontraron los cadáveres de Ireneo y de Magdalena; la cena estaba intacta: el *tengüecho* no les había dado tiempo de probar bocado.

—¡Pobre Magdalena!

—Sí, le tocó la suerte que á tantas otras de las soldaderas: morir al lado de su hombre; mártires ignoradas, pero sublimes!

—¿Y el niño?

—Lo recogieron las mujeres y todavía lo ví en el sitio de Querétaro. Si ese sér desgraciado vive aún, acaso sepa el nombre de la que fué su madre: jamás, empero, sabrá el del autor de sus días, indescifrable para la misma Magdalena.

Reanudando ya mi narración, diré que desde Tuzantla envió orden el general Riva Palacio á León Ugalde para que inmediatamente se le incorporase; pero este jefe contestó desde Laureles con fecha 1º de Agosto:

“Por el Prefecto de Zitácuaro D. Darío Arzati he sabido la llegada de vd. á Tuzantla, así como también los deseos de vd. de una entrevista conmigo. Siento mucho que el enemigo se halle tan cerca, según noticia del mismo Sr. Arzati, por privarme del gusto de ir á encontrar á vd., como era mi intención, si no me lo impidiera el interés de evitar un descalabro á la división que es hoy á mis órdenes.”

No bien había enviado Ugalde la carta anterior, cuando salió de Laureles retirándose rápidamente por el Norte: de suerte que el general Riva Palacio no pudo alcanzarlo en el camino de Zitácuaro.

Pocos días permanecimos en esta ciudad, pues la principal atención se hallaba en Tacámbaro, en donde los jefes subalternos necesitaban de la presencia del general para el logro de la reorganización del ejército. En Zitácuaro se dictaron, sin embargo, las disposiciones que se creyeron necesarias para dar cohesión á aquellas fuerzas, repitiéndose la orden de que quedaban al mando del general D. Esteban León, con instrucciones á éste de reducir á la disciplina al guerrillero León Ugalde, entretanto el general Arteaga hacía el nombramiento de jefe para la 2ª división.

D. Zeferino Gómez Gallardo quedó encargado por el general Riva Palacio de los asuntos económicos del primer distrito del Estado de México y de las fuerzas pertenecientes á esta demarcación que existían en Zitácuaro, en donde también residía aquel jefe.

Un día del mes de Julio se le presentaron un español llamado Pío Monge y un mexicano de quien sólo recuerdo el apodo “El Mariscal,” diciéndole que se habían salido de la



ciudad de México para ir á prestar sus servicios á la causa liberal. Gómez Gallardo les ofreció colocarlos en las fuerzas cuando se presentara la ocasión, y entretanto andaban en ellas como *plazas supuestas*. Procuraban servir en cuanto se ofrecía, se manifestaban diligentes, y en alguna acción de armas se batieron con valor, motivo por el cual se les permitió agregarse, aunque sin empleo determinado, al cuerpo de caballería que mandaba Acevedo. Un día envió éste su caballada al baño, para lo que la tropa tuvo que ensillar, pues el punto á propósito del río quedaba algo distante.

Muy quitado de la pena estaba Acevedo en la plaza de Zitácuaro, cuando un vecino de Trojes se acercó á saludarlo y le preguntó por qué no iba al frente de su tropa.

—¿Cómo mi tropa?

—Sí; va por el camino de Trojes, y me llamó la atención no ver con ella más que dos oficiales desconocidos.

Un rayo que hubiera caído cerca de Acevedo no le hubiera hecho la impresión que aquella noticia. En el acto ocurrió á dar parte á Gómez Gallardo. En unos cuantos minutos ensilló la fuerza de Granda, y éste, con sus soldados que no llegaban á cuarenta, y Acevedo con sus oficiales, partieron á galope tendido en persecución de los doscientos hombres, poco menos, que formaban el cuerpo.

Lo alcanzaron llegando á Trojes, y cuando Monge y el Mariscal vieron acercarse á Acevedo, huyeron á mataballo. Pocas palabras cambiadas con un sargento revelaron á Acevedo y Granda lo acontecido; por lo que sin perder un instante corrieron tras de los fugitivos, logrando alcanzarlos en la orilla de Trojes: Granda atacó á Monge, quien murió sin defenderse; y Acevedo al "Mariscal," que hizo una obstinada resistencia hasta el último momento de su vida. Ya se habrá comprendido que aquellos dos aventureros fingieron una orden de Acevedo, y que con este engaño se llevaban la tropa para entregarla al enemigo. Todo esto apareció en las diligencias practicadas por el comandante en jefe D. Zeferino Gómez Gallardo, como resultó también probada la complicidad de un tal Marcos Covian, que fué fusilado en Zitácuaro.

Hacia mediados de Agosto esta ciudad volvió á ser invadida por la contraguerrilla de Clary, á la que acompañaba el activo contraguerrillero *mexicano* Pascual Muñoz. La fuerza del jefe francés se componía de los doscientos zuavos montados en mulas y de un escuadrón de argelinos, y la de Muñoz de cerca de cien jinetes. Esta columna asaltó en la hacienda de Tiripitío, de la municipalidad de Tuzantla, á las partidas republicanas mandadas por el coronel Carlos Castillo, el teniente coronel Agustín Granda y el capitán Bonifacio Pardo. Sucedió que, sabedor Clary de que los chinacos se hallaban en la referida hacienda, se dirigió rápidamente sobre ella, y antes de llegar destacó sobre los republicanos la contraguerrilla de Muñoz; los zuavos fueron á cubrir el camino de Tuzantla, ocultándose tras un monte inmediato. Muñoz atacó con brío á los chinacos que de la misma manera se defendieron, logrando rechazar á su contrario; pero en aquel momento aparecieron los zuavos, y como habían echado pie á tierra, viniendo detrás de ellos las mulas y el escuadrón de argelinos, parecían una tropa de más de quinientos hombres. Esto desconcertó á Castillo y sus compañeros, que huyeron á la desbandada. Así lo dijo con toda verdad el jefe francés en su parte oficial respectivo, omitiendo tan sólo que antes de tres días se habían ya reunido los dispersos.

A mediados de Agosto apareció también en Zitácuaro la columna del coronel D. Ramón Méndez, y el día 14 tuvo un encuentro en el llano de San Miguelito con la fuerza de caballería de León Ugalde, que ascendía á trescientos hombres. Estos fueron derrotados con grandes pérdidas, sobre todo en el alcance que les hizo Méndez persiguiéndolos hasta la Escondida. La mayor parte de los dispersos, hallando la ocasión de separarse de Ugalde, fueron á reunirse á Castillo, Granda y los otros jefes de Zitácuaro. Ugalde, con los restos, fué á incorporarse á la infantería, que no había entrado en acción.

Ugalde tomó la *revancha* el día 28 del mismo mes de Agosto, atacando en San Felipe del Obraje un destacamento de Méndez, en número de doscientos hombres, de los que hizo cien prisioneros. Y después, convencido de que su permanen-



cia en Zitácuaro le ofrecía muchas dificultades, salió del Estado, dirigiéndose rumbo al Mesquital, con cuatrocientos infantes y cien caballos, restos de la segunda división que fuerte en más de mil hombres, había estado á las órdenes del malogrado general Pueblita.

Otro encuentro se había verificado en Patamban, municipalidad de Zamora, entre el guerrillero republicano Cárdenas y el capitán imperialista D. Rafael Alcázar. Declarada la victoria por este último, el jefe de la guerrilla fué perseguido por espacio de tres leguas, quitándole los vencedores cincuenta caballos, varias lanzas, algunos fusiles y muchas piezas de ropa. El número de muertos fué, afortunadamente, corto.

Si el anciano caudillo D. Juan Alvarez no podía prestar ningún apoyo material á los republicanos que hacían la guerra en Michoacán, no por esto le era indiferente lo que en ese Estado pasaba; y el interés con que veía la marcha de los sucesos se demuestra en la correspondencia que mantenía con los jefes principales del Ejército del Centro. Habiendo llegado á su noticia la enemistad cada día más acerba entre Arteaga y Salazar, no se limitó á escribir directamente á estos generales, sino que con fecha 16 de Agosto envió una carta confidencial á Riva Palacio, en la cual le aconsejaba que pusiera todos los medios que estuviesen á su alcance para procurar la reconciliación de aquellos buenos patriotas. Riva Palacio, que ya había estado trabajando en ese sentido sin éxito alguno, tomó nuevo empeño, y para conseguir su objeto se valió de un ardid aventurado que pudo haber sido contraproducente y de fatales consecuencias.

Lo difícil para conseguir la reconciliación era procurar una entrevista entre Arteaga y Salazar, pues cuando se hablaba á cada uno de ellos, manifestaba que por su parte no existía odio ni rencor alguno; pero por nada se lograba reunir á los dos, porque ambos huían del encuentro.

En estas circunstancias, hallándose todos en Tacámbaro en los primeros días de Septiembre, Riva Palacio habló primero con Arteaga y luego con Salazar, conviniendo con cada

uno de ellos en que el otro le había cometido graves ultrajes, y agregaba que precisamente en aquel día el aludido había hecho cargos terribles á su adversario. El resultado natural fué la exaltación más violenta en cada uno de los dos, hasta el grado de salir ambos á buscarse, encontrándose bien pronto en la plaza de la ciudad. Riva Palacio, que desde la casa de D. Antonio Gutiérrez no los perdía de vista, tan luego como observó que estaban á punto de reunirse, corrió hacia ellos y les dijo:

—He conseguido mi objeto: cuanto he dicho á cada uno de ustedes no tenía más mira que obtener por este medio la entrevista que ustedes han rehusado siempre que he procurado su reconciliación. Todo ha sido, pues, invención mía, y á ustedes no les toca ahora más que darse un abrazo y ¡viva la patria!

—¡Vicente! exclamaron los dos; pero obedeciendo instintivamente á la sugestión, se echaron los brazos y repitieron: ¡Por la Patria! ¡Amigos hasta la muerte!

Si hubiera uno de creer en la personificación de ciertas entidades morales, se podría decir que en aquel acto la Patria y la Muerte habían recogido las palabras de los héroes.

El escritor Jesús Rubio, que, como tengo dicho en algún lugar de esta historia, formaba parte de la Secretaría de Gobierno, y por la amistad especial que le profesaba Arteaga tenía la confianza de este jefe, cuenta que por aquellos mismos días corría muy válida la especie de que Méndez, el célebre coronel imperialista, había hecho gestiones para pasarse á las filas republicanas. Tal rumor no carecía de fundamento, pues ya he dicho que, después de la acción de Cerro Hueco, surgió entre Van der Smissen y aquel jefe una de esas enemistades profundas é irreconciliables que el orgullo y la vanidad despiertan en los hombres. Méndez había reclamado en términos de energía su derecho á no estar subalternado á un oficial de menor graduación que la suya.

A estas justas reclamaciones contestó por de pronto Maximiliano, nombrando al jefe belga comandante militar de Michoacán, es decir, dándole un título más para que obrara co-



mo superior, no sólo de aquel jefe, sino aun de otros de grado más alto.

Hé aquí cómo consigna Rubio estos rumores respecto de Méndez:

“Hallándose en Pátzcuaro (Méndez) provocó, con gran sorpresa para el general Arteaga, arreglos reservados de alta trascendencia, pretendiendo ponerse al servicio de la República.

“Las condiciones que para abandonar el imperio sentaba Méndez eran estas: que se le daría el ascenso inmediato á general de brigada, y se le conservaría, invariablemente, en el mando de las tropas con que ingresara al ejército nacional.

“En las difíciles circunstancias por que los independientes atravesaban, después de haber perdido la mayor parte de sus elementos en la jornada de 16 de Julio, y cuando no podían esperar ningún auxilio extraño, era de creerse que la proposición los sedujese sin dar tiempo á reticencias ni á regateos. Sin embargo, la desgracia había traído consigo una prudente desconfianza: bien pudiera ser que las redes de Miramar quisiesen envolver á las tropas de la República para sacrificarlas indefensas. Méndez lo dejaba entender muy claramente, al imponer por condición que sus tropas no mantendrían otra autoridad que la suya.

“Discutiase el punto indicado, cuando el cabecilla Méndez, queriendo sin duda explanar verbalmente sus proposiciones para que se le admitiese en las filas de la República, invitaba al general D. Nicolás de Régules para una conferencia privada en cercanías de Pátzcuaro. Dado por este jefe conocimiento de tal llamado al Cuartel General, Arteaga se inclinaba á que acudiera á la cita, que no podía traer ningún compromiso; pero Régules se excusó rehusando semejante conferencia, y allí quedó todo.”

Había, pues, algo de consistencia en estos rumores si es que fueron esparcidos por los mismos imperialistas, á fin de amenazar con ellos á Maximiliano para que removiese de su puesto á Van der Smissen y se colocara en él á Méndez, sin émullo alguno. En tal caso, la intriga produjo todo su objeto, y por principio de ella fué admitida la renuncia del general D.

Luis Tapia, no muy bien quisto entre sus compañeros, que no le concedían valor ni pericia. En seguida Méndez fué nombrado comandante militar del departamento y jefe único de la brigada. Van der Smissen quedó simplemente de comandante del distrito de Morelia.

Esto cambiaba por completo la situación entre el jefe belga y el coronel *mexicano*, quedando ahora aquél subalternado á éste. Van der Smissen no se sometió á este cambio inusitado en las prácticas del imperio, pues hemos visto que allí los *mexicanos* eran pospuestos á los extranjeros: se negó á obedecer las órdenes de Méndez, devolviéndole, sin abrirlas, todas las comunicaciones que le dirigía. Méndez se quejó de esta conducta al mariscal Bazaine y al Ministro de la Guerra, que opinaron por retirar de Michoacán al teniente coronel belga, á quien consideraron digno de castigo; pero en vez de obrar así, contestó Maximiliano con estas palabras: “Me parece muy buena la idea de que Van der Smissen venga á México; cuando venga veremos si puede ó no puede quedarse en el país.” Llamado á la capital, la mayor parte de los oficiales de su cuerpo renunciaron; pero todo quedó arreglado merced á la parcialidad con que la archiduquesa Carlota veía á sus compatriotas belgas.”

Desde fines de Agosto quedó, pues, Méndez de comandante general de Michoacán, teniendo á sus órdenes su columna, compuesta de más de dos mil hombres, y las guarniciones que había en distintos puntos del Estado: por todo más de cinco mil soldados. Era una situación bonancible para el imperio, como lo afirma el mismo historiador monarquista Zamacois, atribuyéndola “á que las guerrillas habían disminuído y los jefes de ellas carecían de elementos para poder entrar en combate contra tropas disciplinadas,” y agrega: “Los que sostenían la lucha, como Riva Palacio, Régules, Arteaga, Pueblita<sup>1</sup> y otros, careciendo de ese consolador recurso de los auxilios en armas y otros que podían proporcionar los norte-americanos,<sup>2</sup> y acosados por todas partes de contrarios, tenían su tro-

<sup>1</sup> Se olvida Zamacois de que él mismo refirió la muerte de Pueblita, ocurrida tres meses antes de esta fecha.

<sup>2</sup> Los americanos jamás proporcionaron armas ni auxilios de ninguna otra clase á los patriotas de Michoacán.